

# BIPOLAR

*dana hart*

## **30 de Noviembre**

Me siento fatal. Hay días en los que no se si soy Mariana o alguna otra persona. Literalmente, estoy tratando aquello que me diagnosticaron como un Trastorno Bipolar con tecito con limón y miel. Mucho tecito con limón y miel. Cantidades industriales de tecito con limón y miel. Tantos, que mis caderas se ponen cada vez más anchas, como las de una abeja, o como un panal.

La ansiedad no me deja respirar. Parezco una señora viejita que fue fumadora, de cuarenta Phillips Morris por día, sin parar, desde que tenía quince años. Aunque lo único que he fumado, mucho, ha sido cannabis, desde que tengo catorce, hasta el 7 de Noviembre, en el que decidí dejarlo. Era mi remedio. Mi regulador. Pero ahora, solo tecito con miel. Me cansé de tener un olor que no le gusta a mi hija. Y de vivir en una sintonía que

parece ser distinta a la del resto, por eso lo dejé. Por eso y porque no hay. Es cara. Y plantar significa que te puede llevar la policía, cualquier día, a cualquier hora, ante la venganza de cualquier vecino. Los dramas de que no haya una legalización real, real y genuina. Desde los catorce años tuve que cruzar puentes, bajar escaleras peligrosas, entrar en pasajes y callejones, pasar por situaciones que no debí. Remedios no voy a tomar. Nada de esas pastillas que hacen estallar los órganos internos a la larga. Así que a aguantar. A hacer lo único que sé hacer, y lo único que puedo hacer, escribir. Escribir mientras cocino la cena. Agobiada, porque para esta sociedad ser mamá, es lo mismo que ser un utensilio más de la cocina.

La angustia y la ansiedad, comparten un dormitorio entre mi lóbulo frontal y mis cabellos.

No puedo respirar. Siento que se me hacen cortitos los pulmones, como si no me alcanzaran para el resto del cuerpo, de abeja o de panal. Por suerte puedo llorar, esperando que el llorar evite todo aquello del síntoma y la enfermedad. La angustia que se troca en lágrimas, no debería transformarse en pelotas en el cuerpo, o al menos eso espero. ¡Eso espero! Ansiedad. Ansiedad. Ansiedad. Angustia. Angustia. Angustia. ¡Qué coctel! Directo a los huesos. Emborrachante. Perdón para quien tenga que leer esto, perdón. Pueden dejar de leer acá. Pero yo no puedo dejar de escribir, o sino la enfermedad. Las pelotitas creciendo en lugares inhóspitos, donde todo debería fluir, igual que un río. Estancamiento de la materia. Dolor. Dolor. Sufrimiento. Síntoma. Síntoma. Todo lo que escribió Freud. Neurosis. Histeria. Todo lo incorrecto y desatinado. Todo lo machista y patriarcal. Haciéndose bolitas en el

cuerpo. Depresión. Represión. Todo el mundo está igual. Con un cansancio que le quita fuerzas a las piernas. Todo el mundo se llena de bolitas, invisibles o visibles, creciendo entre sus sesos. Es la sociedad, ejerciendo sus efectos. Quien no se sienta así, puede que esté siendo un tanto, anacrónico, tal vez, desentonando. El choque de mis ideas con la realidad. No encaja. No cuaja. ¿Se han fijado que se ponen a reivindicar a escritoras de hace cien años para hacerse los progres, pero nos ignoran completamente a las escritoras vivas? ¡Bravo! En cien años nos vemos, Raúl.

Mi cabeza es un cactus. Siempre he creído que este fenómeno se debe, no a un problema biológico, sino a los abusos sexuales que sufrí durante la infancia. Desde los seis hasta los casi diez. Es mucho tiempo. En la dinámica de, ya

saben, ser una de día y ser otra distinta de noche. De día yo era una niña, pero de noche, era sexualizada, secretamente por un hombre mayor. Ese doble rol, solo puede disparar una ansiedad desatada. Creo que el miedo mayor se me generó el día que mi madre me dijo: “Podría haberte tirado al río para que no hablaras”. Fue cuando me enteré que había estado en un grave peligro. Ansiedad. Y aquello que señalaron en mi frente como bipolaridad, desde ya moldeada, construida, forjada por un adulto, por la sociedad, que ampara la violencia sexual hacia las infancias. Yo era una nena cuando abría los ojos. Pero era otra cuando los cerraba. No una mujer, por mi pequeña edad, pero era algo más, un ser secreto que terminó escondiéndose debajo de una montonera de sillas, el día que le escribí una carta a mi mamá contándole todo. Un ser secreto que terminó en la baulera del auto, cuando él mató a mi perra

Matuca, atropellada, y la encerró allí, para mostrármela luego. Si, estaba en peligro. No es biológica esta ansiedad. No es natural. No es una fuerza desatada desde adentro. Es una fuerza que claramente se generó como respuesta al peligro del medio. Ansiedad. Miedo. Angustia. Llorar también es defensa. No poder respirar. ¿Habría algún día en el que yo no tema? En el que no respire entrecortado. En el que pueda, desplegar las alas. Está allí, justo entre seno y seno, un agujero profundo, que amenaza con devorarme toda, entera. Implosionarme. Absorberme. Tragarme. Cuando era adolescente yo lo dibujaba, pasaba las horas en la sala de clases, rayando un gran círculo, llenándolo con la lapicera. Sigue allí. Tal vez ya es hora de enfrentarlo. Dejar de taparlo con el humo. Detenerme a mirar allí, porque tal vez, solo tal vez,

pueda darme cuenta de que no hay espacio para caer. No con mis nuevas alitas de abeja.

Ufff, mucho mejor. Perdón si esto que siento se lo trasladé a usted. Espero que no. Espero que al ver que yo me siento así, usted pueda decir: “Yo me siento igual”, y de esa manera, nos podamos sentir un poquito menos peor. Espero. Poder respirar. Espero que todo quede en el papel. Como un exorcismo, sin curas, ni vómitos verdes. Mientras el cabello se me va poniendo gris, cubriéndose de las inevitables canas. Mejor me voy a hacer un tecito.





## **1 de Diciembre**

Me desperté fantástica. En el mismo lugar en el que ayer tenía un hueco, ahora tengo un cielo que respira. ¿Por qué? La luz del día está sobre mi cabeza. Como si me hubiera tragado una bestia y después me regurgitó, dándome a entender que tengo la posibilidad de estar viva, la virtud de existir.

Hice absolutamente todas mis tareas, que no son pocas. Una madre tiene siempre una gran cantidad de trabajos pendientes. Alimenté a diez seres vivos que pululan a mi alrededor de una manera o de la otra. Cociné con calma, despacio, usando la ansiedad como trapo de piso. Lavé todo lo que tenía que lavar y empecé una historia nueva, de esas que me interesan escribir, sobre otras mujeres que sufrieron, vivieron, lucharon, murieron.

## **2 de Diciembre**

Cuánto silencio. Nadie se comunica. Al menos, no conmigo. He mandado una infinidad de mensajes, buscando una infinidad de vías, y nadie me contesta. Nada. Silencio. En visto. En visto. En visto. Como una maldición. Tal vez perdí mi voz. ¿Alguien me maldijo? ¿O nací maldecida? Porque tiene que haber alguien, en alguna parte, que escuche el sonido de mi voz, que me vea, que me sienta, que sepa quién soy. Tiene que haber alguien.

Me he puesto a pensar en las personas que encubrieron la violencia de género que sufrí a lo largo de la vida. Como cuando mi marido me empujó contra la mesada de la cocina, y hubo por lo menos cinco personas que me dejaron en visto. Después de mucho insistir una de ellas, expulsada de un organismo estudiantil por encubrir un hecho

grave de violencia sexual, me propuso hablar del tema. Obviamente no lo acepté. Pero pensaba en cómo siguen hablando, creyendo impunes, cuando en realidad, somos muchas personas las que sabemos, las que les conocemos. Dejé todos los nombres y cada hecho detallado, en el registro de propiedad intelectual. Traidores que responden con la cabeza gacha ante la posición del más fuerte. Zopencos. Con el tiempo se me fueron las ganas de odiarles y solo queda la lástima. Se han convertido en gente que vota a favor de las leyes de los que gobiernan, obviamente. Se ríen hablando con fascistas liberales. Reformistas. Centristas. Conciliadores.

### **3 de Diciembre**

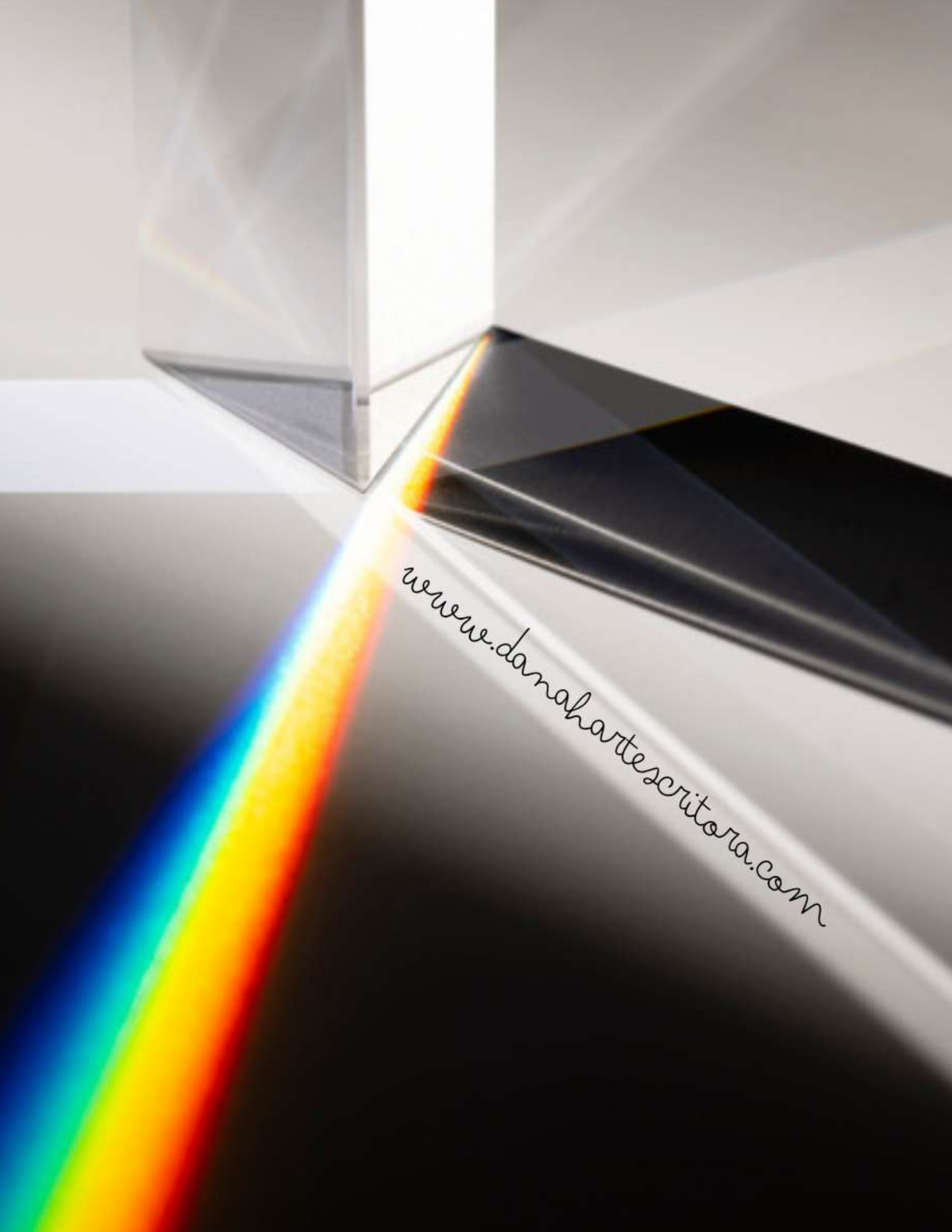
Tengo una fuente de felicidad. Mi hija es la persona que más amo sobre la faz de la tierra. Es un sol. Tan inteligente. Tan rápida. Tan brillante. Todo el desaliento que obtuve de mi pasado, ella lo ha vuelto confianza en el futuro de la humanidad. Sus ojos que son luz natural. Su sonrisa que crece con los días. Me da la felicidad su presencia. Reírnos juntas de todas las cosas, con un humor, que parece que hubiera sacado directamente de mi propia panza. Es tan diferente a las personas de mi pasado. Sabe de lealtad.

## **4 de Diciembre**

Creo que hay algo llamado PARÁLISIS DE LA OPRESIÓN, que se produce al vivir un hecho opresivo, de mayor o menor tamaño, y el cuerpo se paraliza, la voz se paraliza, se siente en el centro una especie de viento invertido, o asma, igual que cuando se produce un golpe frente a un caracol, y este esconde sus antenas y su cuerpo en su caparazón, lo cual no quiere decir que seamos ni medianamente equiparables con caracoles, pero el efecto, de meterse para adentro, y sentir, que el cuerpo es recorrido por rocas. Eso explica por qué a veces es difícil decir que no, por qué a veces es difícil simplemente decir algo, o responder, y en cambio una se queda durante días repitiendo los argumentos que podría haber dicho, y no dijo, por la parálisis de la opresión. Es todo un fenómeno. Hay quienes

responden gritando, revoleando ceniceros, diciendo insultos, pero hay quienes sufren de este mal, social, que aqueja a los cuerpos oprimidos, creo que correspondo al segundo grupo.

Me pregunto si la pulsión de muerte, no será también un asunto social. El miedo a morir, inculcado por la realidad. ¿O acaso tiene miedo a morir un bebé, cuando se lo pone frente a lo alto de una escalera? Yo creo que no. Y cuando acaricia a una bestia con los dientes afuera. O sale corriendo a través de una habitación oscura, solo para ir al baño. No, el bebé no tiene miedo a morir. Eso solo se aprende cuando los temores se contagian, se vuelven un miedo real, social, impregnado del rededor, de las posibilidades nefastas del medio ambiente.



[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)